



LARA ADRIAN
BRUMA
DE
MEDIANOCHE



TERCIOPELO

Bruma de medianoche

Lara Adrian

Traducción de Violeta Lambert



TERCIOPELO

Título original: *Veil of Midnight*
Copyright © 2008 by Lara Adrian, LLC

Primera edición: enero de 2011

© de la traducción: Violeta Lambert
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
correo@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92617-72-2
Depósito legal: M. 48.210-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Lindsey, magnolia de acero
con un sólido corazón de oro.
Este libro es para ti, con la esperanza
de días mejores y más luminosos.

Capítulo uno

En el cavernoso escenario de un club de jazz subterráneo de Montreal, una cantante con los labios color carmesí arrastraba las palabras ante el micrófono hablando de la crueldad del amor. Aunque su voz seductora resultaba bastante agradable y la letra que hablaba de sangre, dolor y placer transmitía verdadero sentimiento, Nikolai no estaba escuchando. Se preguntaba si ella sabría... si alguien entre las docenas de seres humanos que estaban metidos en aquel profundo club sabría que estaba compartiendo el espacio vital con vampiros.

Las dos jóvenes que bebían sus martinis color rosa en el oscuro reservado de un rincón sin duda lo ignoraban.

Se hallaban apretujadas entre cuatro individuos de ese tipo, un grupo de hábiles machos vestidos de cuero que les daban conversación, sin mucho éxito, y trataban de actuar como si sus ojos sedientos de sangre no hubieran estado permanentemente fijos en las yugulares de las mujeres durante los últimos quince minutos. Aunque era evidente que los vampiros se esforzaban para que las humanas salieran del club con ellos, no estaban haciendo demasiados progresos con sus respectivas huéspedes de sangre.

Nikolai resopló por lo bajo.

Aficionados.

Pagó la cerveza que había dejado intacta en la barra y se dirigió con paso relajado hacia la mesa de la esquina. Al acercarse, observó que las dos mujeres se escabullían con pasos vacilantes. Soltando risitas tontas, se dirigieron dando tumbos hacia los aseos y desaparecieron a través del oscuro y concurrido pasillo del salón principal.

Nikolai se sentó ante la mesa con una pose descuidada.

—Buenas noches, damas.

Los cuatro vampiros lo miraron en silencio, reconociendo al instante a uno de su misma raza. Niko levantó uno de los vasos de martini manchados de lápiz de labios a la altura de su nariz y olisqueó el afrutado brebaje.

—Humanos —masculló en voz baja—. ¿Cómo pueden tragarse esta porquería?

Un precavido silencio reinó en la mesa mientras Nikolai recorría con la mirada a aquellos machos de la estirpe evidentemente jóvenes y evidentemente civilizados. El más grande de los cuatro carraspeó mientras miraba a Niko, sin duda advirtiéndole instintivamente el hecho de que no era de la zona y estaba por otra parte muy lejos de ser civilizado.

El joven adoptó una expresión que probablemente consideraba dura e hizo un gesto con la barbilla hacia los lavabos del pasillo.

—Nosotros las vimos primero —murmuró—. Las mujeres. Las hemos visto primero. —Se aclaró de nuevo la garganta, como si esperara que su trío de superhéroes lo respaldara. Ninguno lo hizo—. Hemos llegado primero, amigo. Cuando las mujeres vuelvan a la mesa vendrán con nosotros.

Nikolai soltó una risita ante el tembloroso intento del joven por marcar su territorio.

—¿De verdad crees que habría algún tipo de contienda si quisiera cazar tus presas? Relájate. No es eso lo que me interesa. Estoy buscando información.

Ya había soltado una cancioncilla similar dos veces antes esa misma noche en otros clubes, indagando en los lugares donde los miembros de la estirpe suelen reunirse al acecho de sangre, en busca de alguien que pudiera ponerlo sobre la pista de un viejo vampiro llamado Sergei Yakut.

No era fácil encontrar a alguien que no quería ser encontrado, especialmente tratándose de un individuo nómada y reservado como Yakut. Se hallaba en Montreal, de eso Nikolai estaba seguro. Había hablado con el solitario vampiro por teléfono hacía apenas un par de semanas, cuando lo localizó para informarle de la amenaza que parecía perseguir a los más poderosos de la estirpe, los menos comunes de sus miembros: unos veinte individuos aún vivos nacidos de la primera generación.

Alguien tenía como objetivo exterminar a esa primera generación. Varios habían sido asesinados en el último mes, y para Niko y los hermanos de armas que había dejado atrás en Boston —un pequeño cuadro de guerreros con un entrenamiento de elite y altamente letales conocido como la Orden—, la empresa de descubrir y eliminar a los escurridizos asesinos de miembros de la primera generación era una misión crítica. Por eso la Orden había decidido contactar con todos los sobrevivientes de la primera generación conocidos entre la población de la estirpe y conseguir su cooperación.

Sergei Yakut había mostrado muy poco entusiasmo ante la idea de involucrarse. No temía a nadie y tenía su propio clan personal para estar protegido. Rehusó la invitación de la Orden para acudir a Boston y hablar del tema, así que Nikolai había sido enviado a Montreal para persuadirlo. En cuanto Yakut fuera consciente del alcance de la actual amenaza —esa escalofriante realidad contra la cual la Orden y toda la estirpe estaban luchando—, Nikolai tenía la certeza de que el vampiro de la primera generación se implicaría.

Pero lo primero que tenía que hacer era encontrar a ese escurridizo cabrón.

Hasta el momento sus investigaciones en la ciudad no habían dado ningún resultado. La paciencia no era precisamente su punto fuerte, pero tenía toda la noche, y seguiría buscando. Tarde o temprano alguien lo pondría sobre la pista; tal vez si hacía las suficientes preguntas, el propio Sergei Yakut saldría en su búsqueda.

—Necesito encontrar a alguien —dijo Nikolai a los cuatro vampiros jóvenes—. Un vampiro de fuera de Rusia. De Siberia, para ser exactos.

—¿De allí eres tú? —preguntó el portavoz del grupo. Evidentemente había captado el ligero acento que Nikolai no había perdido a pesar de los años que llevaba viviendo con la Orden en Estados Unidos.

Niko dejó que sus glaciales ojos azules delataran su origen.

—¿Conoces a ese tipo?

—No, amigo. No lo conozco.

Otros dos negaron con la cabeza inmediatamente, pero el último de los cuatro jóvenes, el malhumorado que estaba sen-

tado con la espalda encorvada, dirigió una mirada ansiosa a Nikolai a través de la mesa.

Niko captó la mirada significativa y la sostuvo.

—¿Y tú qué me dices? ¿Sabes de quién estoy hablando?

Al principio no creyó que el vampiro fuera a responder. Unos ojos de matón le sostuvieron la mirada en silencio, luego, finalmente el chico se encogió de hombros y dejó escapar un insulto.

—Sergei Yakut —murmuró.

El nombre fue apenas audible, pero Nikolai lo oyó. Y de reojo advirtió que una mujer de pelo negro azabache sentada cerca en la barra también lo había oído. Lo supo por la repentina rigidez de su columna, que se adivinaba por debajo del top negro de largas mangas, y por la forma en que volvió la cabeza al oír aquel nombre.

—¿Lo conoces? —preguntó Nikolai al macho de la estirpe, sin perder de vista a la morena de la barra.

—He oído hablar de él, eso es todo. No vive en los Refugios Oscuros —dijo el joven, refiriéndose a las comunidades seguras que albergaban a la mayoría de la población civilizada de la estirpe en toda América del Norte y en Europa—. Ese tío, por lo que he oído, es de lo peor.

Sí, lo era, admitió Nikolai en su interior.

—¿Alguna idea de dónde puedo encontrarlo?

—No.

—¿Estás seguro? —preguntó Niko, observando que la mujer de la barra recogía sus cosas y se preparaba para salir. Todavía le quedaba más de medio cóctel en la copa, pero ante la mera mención del nombre de Yakut parecía tener de repente mucha prisa por abandonar el lugar.

El joven de la estirpe negó con la cabeza.

—No sé dónde encontrar a ese tío, y tampoco sé por qué alguien querría encontrarlo, a menos que tenga alguna intención de morir.

Nikolai vio por encima del hombro que la mujer morena de impresionante altura se abría camino entre la multitud reunida junto a la barra. En un impulso, ella se volvió para mirarlo, clavando en él unos ojos verde jade orlados de espesas y oscuras pestañas y agitando su elegante y brillante melena a

la altura de la barbilla. Había una nota de temor en sus ojos, un miedo desnudo que ni siquiera intentó disimular.

—Maldita sea —murmuró Niko.

Ella sabía algo acerca de Sergei Yakut.

Y sospechaba que se trataba de algo más que un dato pasajero. Eso era lo que sugería su aspecto sobresaltado y asustado al volverse y buscar el modo de escapar de allí.

Nikolai fue tras ella. Se abrió paso a través de la espesa corriente de humanos que llenaban el club, con los ojos clavados en el sedoso cabello negro de su presa. La mujer era rápida, tan flexible y ágil como una gacela. Sus ropas y su cabello oscuro prácticamente la volvían invisible entre la multitud.

Pero Niko era de la estirpe, y no existía un solo ser humano que pudiera dejar atrás a los de su raza. Ella alcanzó la puerta del club y salió precipitadamente a la calle. Nikolai la siguió. Ella debió de notar que le pisaba los talones, pues volvió la cabeza para calcular la distancia que la separaba de su perseguidor y sus claros ojos verdes se clavaron en él como rayos láser.

Aceleró su carrera, girando por una esquina al final de la manzana. Dos segundos después, Niko ya estaba allí. Sonrió al verla a unos pocos metros. El callejón por el que se metía, entre dos grandes edificios de ladrillo, era estrecho y oscuro, y la salida estaba bloqueada por un contenedor de metal abollado y una valla que se alzaba más de tres metros del suelo.

La mujer dio vueltas a su alrededor sobre sus botas negras de punta y con tacones, jadeante, con los ojos clavados en él, atenta a cada movimiento.

Nikolai se adentró unos pocos pasos en el oscuro callejón, y luego se detuvo, sosteniendo las manos a los lados con actitud benevolente.

—No pasa nada —le dijo—. No tienes por qué correr. Sólo quiero hablar contigo.

Ella lo observaba en silencio.

—Quiero preguntarte sobre Sergei Yakut.

Ella tragó saliva, era evidente por la forma en que se tensó su cuello blanco.

—Lo conoces, ¿verdad?

Las comisuras de sus labios se curvaron por una fracción de segundo, pero era suficiente para saber que él estaba en lo cierto: tenía alguna relación de confianza con el solitario vampiro de la primera generación. Si sería capaz de conducir a Niko hasta él era otra cuestión. Pero por el momento ella era su mejor y única esperanza.

—Dime dónde está. Necesito encontrarlo.

Las manos de ella se cerraron en dos puños y sus pies se separaron ligeramente como si se preparara para saltar. Niko la vio mirar de reojo una abollada puerta a su izquierda.

Y a continuación se abalanzó hacia ella.

Niko soltó una maldición y corrió tras ella a toda velocidad. Cuando la chica logró abrir la puerta de bisagras quejumbrosas, Nikolai ya se hallaba frente a ella en el umbral, impidiéndole el paso hacia la oscuridad del otro lado. Soltó una risita por lo fácil que había sido.

—Te dije que no era necesario correr —le dijo, encogiéndose ligeramente de hombros mientras la morena daba un paso atrás. Dejó que la puerta se cerrara tras él y la acompañó mientras ella retrocedía lentamente hacia el callejón.

Dios, su belleza cortaba el aliento. Apenas la había visto de reojo en el club, pero ahora, de pie tan sólo a unos pocos pasos de la mujer, se daba cuenta de que era absolutamente arrebatadora. Alta y delgada, con un traje negro a medida que la hacía aún más esbelta, la piel de un blanco inmaculado y unos luminosos ojos almendrados. Su rostro transmitía una fascinante combinación de fuerza y suavidad; su belleza tenía algo luminoso y a la vez una parte oscura. Nikolai era consciente de que se había quedado boquiabierto, pero no sabía cómo evitarlo.

—Háblame —le dijo—. Dime tu nombre.

Se acercó un poco a ella, con un débil movimiento de la mano nada amenazante. Notó el chute de adrenalina que eso provocó en la corriente sanguínea de la mujer —podía sentir en el aire el aroma cítrico—, pero no vio venir la patada hasta que sintió el afilado tacón de su bota justo en el pecho.

«Maldición.»

Retrocedió, más por la sorpresa que por el dolor.

Era lo que ella necesitaba. La mujer saltó de nuevo hacia la

puerta y esta vez consiguió desaparecer en la oscuridad del edificio antes de que Niko pudiera reaccionar y detenerla. La persiguió, yendo tras ella con la fuerza de un trueno.

El lugar estaba vacío, sólo había cemento bajo sus pies, ladrillos desnudos y vigas expuestas a su alrededor. Algún fugaz presentimiento le erizó el vello de la nuca mientras se adentraba más profundamente en la oscuridad, pero la mayor parte de su atención estaba concentrada en la mujer que se hallaba de pie en el centro de aquel espacio vacío. Lo observaba mientras él se acercaba, con cada músculo de su delgado cuerpo preparado para atacar.

Nikolai le sostuvo esa dura mirada mientras se detenía frente a ella.

—No voy a hacerte daño.

—Lo sé. —Ella sonrió muy ligeramente—. No tendrás esa oportunidad.

Su voz tenía una suavidad aterciopelada, pero el brillo de sus ojos adquirió un matiz helado. Sin previo aviso, Nikolai sintió una devastadora tirantez en la cabeza. Un sonido de alta frecuencia estalló en sus oídos, mucho más alto de lo que podía soportar. Y luego más alto todavía. Notó que las piernas no le respondían. Cayó de rodillas y se le nubló la vista, mientras sentía la cabeza a punto de explotar.

En la lejanía, registró el sonido de varios pares de botas que se acercaban hacia él. Pertenecían a machos de gran tamaño, todos ellos vampiros. Distinguió a su alrededor el sonido de voces sordas mientras sufría las consecuencias de aquel repentino y debilitante asalto.

Era una trampa.

Aquella perra lo había llevado hasta allí deliberadamente, sabiendo que la seguía.

—Es suficiente, Renata —dijo uno de los machos de la estirpe que había entrado en la habitación—. Ya puedes soltarlo.

Algo del dolor en la cabeza de Niko cedió como consecuencia de esa orden. Alzó la mirada a tiempo para descubrir el bello rostro de su atacante observándolo mientras él yacía en el suelo a sus pies.

—Quitadle las armas —dijo ella a sus compañeros—. Tenemos que sacarlo de aquí antes de que recupere las fuerzas.

Nikolai quiso escupirle algunos insultos, pero la voz le quedó estrangulada en la garganta, y Renata ya se alejaba, con las finas puntas de sus tacones repiqueteando sobre el frío suelo de cemento que él sentía bajo la espalda.

Capítulo dos

Renata no consiguió salir del almacén lo bastante rápido. Tenía el estómago revuelto y un sudor frío le caía desde las sienes y a lo largo de la nuca. Ansiaba el aire fresco de la noche como si fuera a dar su último aliento, pero se mantuvo fuerte y caminó con calma. Los puños rígidos a ambos lados eran la única señal capaz de indicar que no estaba en absoluto relajada y tranquila.

Siempre le ocurría lo mismo... éstas eran las consecuencias cada vez que usaba el poder devastador de su mente.

Ya al aire libre, en el callejón solitario, tragó saliva e inspiró varias bocanadas de aire. La ráfaga de oxígeno enfrió su garganta ardiente, pero eso fue todo lo que pudo hacer para no doblarse y caer al suelo ante el lacerante dolor que corría como un río de fuego a través de sus miembros y hasta el centro de su ser.

—Maldita sea —murmuró en la vacía oscuridad, balanceándose un poco sobre sus altos tacones. Inspiró profundamente varias veces más y contempló el pavimento negro bajo sus pies, concentrándose únicamente en mantenerse erguida.

Sintió tras ella las rápidas y fuertes pisadas de unas botas saliendo del almacén. El ruido le hizo levantar la cabeza bruscamente. Se esforzó por dar a su rostro tenso un aire de fría indiferencia.

—Cuidado con él —dijo, lanzando una mirada al enorme bulto laxo y semiinconsciente en que había quedado convertido el hombre que ella había dejado incapacitado y que ahora era transportado como una presa herida por los cuatro guardias que trabajaban con ella—. ¿Dónde están sus armas?

—Las hemos cogido.

Un macuto de cuero negro le fue enviado a través del aire sin ningún aviso por Alexei, el líder encargado de los detalles de la noche. A ella no le pasó inadvertida la sonrisa de su rostro delgado cuando el pesado macuto lleno de metal le dio en el pecho. El impacto fue como el de una paliza con miles de clavos para su piel y sus sensibles músculos, pero cogió el bolso y se puso la larga correa en el hombro sin expresar ni un gruñido de malestar.

Pero Lex la conocía. Conocía su debilidad y nunca le permitiría olvidarla.

A diferencia de ella, Alexei y los otros compañeros eran vampiros, todos ellos de la estirpe. En cuanto a su cautivo, Renata no tenía ninguna duda. Lo advirtió desde que lo vio por primera vez en el club, y la sospecha se había visto confirmada por el simple hecho de que había sido capaz de doblegarlo con el poder de su mente. Su habilidad psíquica era formidable, pero tenía sus límites. Sólo funcionaba con los de la estirpe; los cerebros de los mortales, de células más simples, no se veían afectados por la carga de alta frecuencia que ella era capaz de proyectar mentalmente con un simple momento de concentración.

Ella era humana, aunque había nacido algo distinta al resto de *Homo sapiens* normales. Para Lex y los de su raza, ella era considerada una compañera de sangre, una de las pocas mujeres humanas que nacen con una habilidad extrasensorial única y con la capacidad, todavía más extraña, de poder reproducirse con los de la estirpe. A las mujeres como Renata, ingerir sangre de un macho de la estirpe les proporcionaba una enorme fuerza. Y también la longevidad. Una compañera de sangre podría vivir durante varios cientos de años alimentándose regularmente de los nutrientes procurados por las venas de un vampiro.

Dos años atrás, Renata no tenía ni idea de por qué era diferente de los demás, e ignoraba a qué lugar pertenecía. Cuando su camino se cruzó con el de Sergei Yakut tuvo que aprenderlo rápidamente. Él era la razón de que ella, Lex y los demás estuvieran de guardia esa noche, merodeando por la ciudad y en busca del individuo que había estado preguntando por el solitario Yakut.

El macho de la estirpe que Renata había encontrado en el club de jazz aquella noche había mostrado tan poca prudencia al hacer sus averiguaciones que ella se preguntaba si no estaría intentando provocar a Sergei Yakut para que fuera a su encuentro. Si era así, aquel tipo tenía que ser un idiota o un suicida, o alguna combinación de ambas cosas. Tendría la respuesta a esa pregunta muy pronto.

Renata sacó su teléfono móvil del bolsillo, lo abrió y marcó el primer número de la agenda.

—Sujeto recuperado —dijo cuando se conectó la llamada. Anunció su localización, luego cerró el teléfono y lo guardó otra vez. Miró hacia el lugar donde se habían detenido Alexei y los demás con su débil cautivo—. El coche está en camino. Debería llegar en unos minutos.

—Dejad caer ese saco de mierda —ordenó Lex a sus hombres. Todos soltaron al macho de la estirpe y su cuerpo cayó golpeando el asfalto con un sonido sordo y discordante. Con las manos en las caderas y los puños cerrados alrededor de la funda de una pistola y del gran cuchillo de caza sujeto a su cinturón, Lex examinó el confuso rostro del vampiro que había a sus pies. Soltó un bufido de desaprobación y luego escupió, evitando por muy poco las angulosas mejillas que tenía debajo. El escupitajo de espuma blanca aterrizó sobre el oscuro pavimento, a menos de un centímetro de la cabeza rubia del hombre.

Cuando Alexei volvió a mirarlo, había un destello afilado en sus ojos oscuros.

—Quizá deberíamos matarlo.

Uno de los guardias se rio, pero Renata sabía que Lex no bromeaba.

—Sergei dijo que se lo lleváramos.

Alexei se burló.

—¿Y dar a sus enemigos otra oportunidad de acabar con él?

—No sabemos si este hombre tiene algo que ver con el ataque.

—¿Podemos estar seguros de que no? —Alexei se dio la vuelta para observar a Renata sin pestañear—. De ahora en adelante, no confío en nadie. Creía que tú estabas tan decidida como yo a no poner en peligro su seguridad.

—Obedezco órdenes —respondió ella—. Sergei dijo que encontraríamos a cualquiera que apareciera en la ciudad preguntando por él y se lo llevaríamos para interrogarlo. Eso es lo que pretendo hacer.

Lex afiló la mirada bajo sus severas y lacerantes cejas marrones.

—Bien —dijo, con un tono demasiado tranquilo, demasiado inexpresivo—. Tienes razón, Renata. Seguimos órdenes. Lo llevaremos ante él, como tú dices. Pero ¿qué vamos a hacer mientras estamos aquí esperando a que nos recojan?

Renata lo miró fijamente, preguntándose adónde quería llegar ahora. Lex se acercó hasta el hombre inconsciente y le dio una patada con la bota en las costillas desprotegidas. No hubo la más mínima reacción. Sólo el suave movimiento ondulante del pecho del hombre mientras respiraba.

Alexei se mordió un labio y sonrió, haciendo un gesto con la barbilla a los otros hombres.

—Tengo las botas sucias. Tal vez este bulto inútil sirva para limpiarlas mientras esperamos, ¿verdad?

Ante las risas alentadoras de sus compañeros, Lex levantó un pie y lo puso sobre la cara inexpresiva de su prisionero.

—Lex... —comenzó Renata, sabiendo que él la ignoraría si trataba de convencerlo de que parase. Pero en ese preciso momento advirtió algo extraño en el hombre rubio que estaba tendido en el suelo. Su respiración era calmada y superficial, sus miembros estaban inmóviles, pero su rostro... tenía el rostro demasiado quieto, incluso para estar verdaderamente inconsciente. No lo estaba.

En una fracción de segundo, Renata advirtió que sin ninguna duda estaba muy despierto. Tan despierto como para captar absolutamente todo lo que estaba pasando.

«Oh, Dios.»

Alexei ahora se reía, a punto de bajar la pierna para estampar la suela de su bota en la cara del hombre.

—¡Lex, espera! No está...

Nada que hubiera dicho podría haber cambiado la explosión de caos que vino a continuación.

Lex estaba todavía moviéndose cuando el hombre levantó las manos y le agarró el tobillo. Tiró hacia abajo y lo retorció

con fuerza, consiguiendo que Lex volara sobre él y aullara de dolor al aterrizar sobre el suelo. No había pasado ni un segundo y el hombre ya estaba en pie, ágil y fuerte, como Renata no había visto nunca antes en una lucha.

Y maldita sea... tenía la pistola de Lex.

Renata dejó caer el pesado macuto y sacó su propio revólver, uno del cuarenta y cinco guardado en la funda de su espalda. Tenía los dedos todavía lentos por el esfuerzo mental de hacía un rato, y uno de los guardias respondió antes de que ella hubiera sacado el arma. Soltó una tanda de disparos apresurados, errando en el blanco por unos centímetros.

Y antes de que cualquier otro pudiera ir tras él, el antiguo cautivo devolvió el fuego, dando de lleno con una bala en el cráneo del guardia. Uno de los guardaespaldas de Yakut, cuidadosamente escogidos y a su servicio desde hacía muchísimo tiempo, yacía sin vida en el pavimento.

«Oh, Dios», pensó Renata ante la velocidad con la que la situación se les había ido de las manos. ¿Acaso Alexei estaría en lo cierto? ¿Acaso este macho de la estirpe sería el mismo asesino que volvía a atacar?

—¿Quién es el siguiente? —preguntó él plantando un pie sobre la columna de Lex mientras movía la pistola con frialdad apuntando a los otros dos guardias de Renata—. ¿Nadie se atreve ahora?

—¡Matad a este hijo de puta! —aulló Lex, retorciéndose como un bicho atrapado bajo la pesada bota que le impedía levantarse. Con la mejilla machacada contra el pavimento y los colmillos emergiendo de tanta rabia, Lex lanzó una mirada de acero a Renata y a sus hombres—. ¡Voladle la cabeza, maldita sea!

Antes de que la orden hubiera terminado de salir completa de la boca de Alexei, éste fue alzado y obligado a ponerse en pie. Gritó al sentir el peso de su propio cuerpo sobre el tobillo herido, pero fue la súbita presencia de su propia pistola detrás del oído lo que realmente logró que sus ojos se volvieran de color ámbar por el pánico. Su enemigo, por otra parte, se mantenía de lo más firme y tranquilo.

«Oh, Virgen bendita.»

¿Con quién demonios estaban tratando?

—Ya lo habéis oído —dijo el captor de Lex. Hablaba despacio y en voz baja, y su mirada era penetrante aun en la oscuridad. Miró fijamente a Renata—. Atrevedos, si sois lo bastante hombres. Pero si no queréis ver su cerebro aplastado contra la pared de este edificio, sugiero que soltéis las armas. Dejadlas en el suelo, así de fácil.

A su lado en el callejón, Renata registró los débiles gruñidos y resoplidos de los irreconocibles machos de la estirpe. Cada uno de aquellos vampiros por separado era físicamente mucho más fuerte que ella; juntos tenían que ser mucho más fuertes que el atacante de Lex, y sin embargo ninguno parecía dispuesto a averiguarlo. Se oyó un sonido metálico cuando una de las armas fue colocada cuidadosamente sobre el asfalto. Eso implicaba que sólo quedaba un guardia para apoyarla. Un segundo más tarde, éste entregó su arma también. Ambos vampiros retrocedieron un par de pasos, rindiéndose en prudente silencio.

Y ahora Renata se hallaba sola contra aquella inesperada amenaza.

Él le dedicó media sonrisa de agradecimiento, dejando ver sus dientes y las puntas de sus emergentes colmillos. Estaba enfadado; esos caninos prominentes eran la prueba. Como también lo era el brillo ambarino que comenzaba a llenar sus ojos mientras éstos también se transformaban con los rasgos de la estirpe. Ensanchó su sonrisa y dos hoyuelos gemelos aparecieron bajo sus pómulos afilados y bien afeitados.

—Parece que sólo quedamos tú y yo, cariño. No voy a decirte nada más educado por mucho que me hagas esperar. Deja tu jodido revólver o lo destrozaré.

Renata consideró rápidamente sus posibilidades... las pocas que tenía en aquel momento. Su cuerpo estaba todavía tan sensible como un nervio expuesto, los pequeños temblores provocados por el esfuerzo mental todavía la azotaban, como si hubiera recibido una paliza. Podía intentar dar otro asalto con su mente, pero sabía que era inútil. Incluso atacándolo con todas sus fuerzas sería incapaz de derribarlo de nuevo, y además, si se desgastaba hasta ese punto quedaría completamente inutilizada.

Y la única opción que le quedaba era casi igual de arries-

gada. Normalmente era una tiradora de primera, de reflejos rápidos y con buena puntería, pero tampoco podía contar con esa habilidad ahora que necesitaba gran parte de su concentración sólo para poder controlar sus miembros y sus dedos. No importaba lo que hiciera: en aquel momento parecía muy improbable que Alexei pudiera salir entero de aquella situación. Diablos, las posibilidades de que ella o algún otro arreglara aquella situación parecían nulas.

Aquel macho de la estirpe tenía todas las cartas y su mirada mientras observaba cómo ella se debatía para decidir su destino parecía indicar que se encontraba muy cómodo en su posición de poder. Tenía a Renata, a Lex y a todos los demás a su disposición para hacer lo que quisiera.

Pero no estaba dispuesta a doblegarse sin luchar.

Renata tomó aire para reunir valor, luego levantó el revólver y lo apuntó con él. Los brazos le dolían por el esfuerzo que le suponía mantenerlos firmes, pero dejó el dolor a un lado.

Retiró el seguro del revólver.

—Suéltalo. Ahora.

El arma de Lex continuó apretada firmemente detrás de su oído.

—¿De verdad crees que vamos a negociar? Suelta tu arma.

Renata tenía un tiro limpio, pero él también. Y él gozaba de la ventaja añadida de una velocidad muy superior a la humana. Sería capaz de esquivar la bala de ella porque también era capaz de verla venir. Y había siempre una fracción de segundo de pausa entre dos disparos, incluso en su mejor momento. Eso significaba que él tendría la oportunidad de abrir fuego, ya escogiera disparar a Lex primero o después de darle a ella. En otro segundo, los dos se habrían desplomado. Aquel hombre era de la estirpe; con su metabolismo acelerado y su poder para cicatrizar tenía buenas oportunidades de sobrevivir a un disparo, pero ¿y ella? Ella se enfrentaba a una muerte segura.

—¿Tienes algún problema en concreto conmigo, o es a él a quien quieres ver morir esta noche? Quizás es que odias a este gilipollas. ¿Es eso?

Aunque mantenía apuntada su arma, su tono era ligero, como si sólo estuviera jugando con ella. Como si no se la to-

mara en serio en absoluto. Era un arrogante. Ella no le respondió, sólo ladeó la culata del arma hacia atrás y soltó la presión de su dedo índice sobre el gatillo.

—Déjalo ir. No queremos ningún problema contigo.

—Demasiado tarde para eso, ¿no crees? Ahora todos os habéis metido en problemas.

Renata no se encogió. No se atrevía ni siquiera a pestañear por miedo a que ese hombre lo interpretara como una debilidad, y decidió actuar.

Lex estaba temblando, con la cara llena de sudor.

—Renata —jadeó, pero si quería decirle que se rindiera o que intentara su mejor jugada, ella no lo sabía—. Renata, por el amor de Dios...

Ella apuntó con firmeza al captor de Alexei, sujetando el revólver con las dos manos. Una ligera brisa de verano se levantó y la suave ráfaga de aire rozó su piel hipersensible como trozos de vidrio afilados. Oyó en la distancia el estallido de fuegos artificiales que señalaban el final del festival del fin de semana, las sordas y vibrantes explosiones como truenos en sus huesos doloridos. El zumbido del tráfico y los frenazos en las calles más allá del callejón, los motores de los vehículos lanzando una asquerosa mezcla de humos por los tubos de escape, la goma caliente y el aceite hirviendo.

—¿Cuánto tiempo quieres seguir con esto, cariño? Porque voy a decirte algo, la paciencia no es una de mis virtudes. —Su tono era despreocupado, pero la amenaza no podía ser más funesta. Accionó el gatillo de la pistola, preparándose para conducir la noche a su sangriento final—. Dame una razón por la que no debería llenar de plomo el cerebro de este imbécil.

—Porque es mi hijo. —La grave voz masculina provenía de algún lugar en la mitad del oscuro callejón. Las palabras estaban desprovistas de emoción, pero resultaban amenazadoras en su cadencia y con el marcado acento y la fría aspereza propia de la Siberia natal de Sergei Yakut.

Capítulo tres

Nikolai volvió la cabeza y vio a Sergei Yakut aproximándose por el callejón. El vampiro de la primera generación de la Orden avanzaba delante de dos guardias de mirada ansiosa, y su severa e impertérrita mirada pasaba distraídamente de Niko al macho de la estirpe que continuaba bajo la mirada de un arma. Con una señal de reconocimiento, Niko accionó el cierre de seguridad de la pistola y lentamente bajó el arma. Tan pronto como lo soltó, el hijo de Yakut se apartó de él aullando un insulto y se puso fuera de su alcance.

—Bastardo insolente —rugió, lleno de veneno y de furia ahora que se hallaba a una distancia segura—. Le dije a Renata que este canalla era peligroso, pero no quiso escucharme. Déjame que lo mate por ti, padre. Déjame hacerle sufrir.

Yakut ignoró tanto el ruego de su hijo como su presencia, y caminó en silencio al encuentro de Nikolai.

—Sergei Yakut —dijo Niko, ofreciéndole su arma en un gesto de paz—. Menudo recibimiento de mierda que has tenido. Te pido disculpas por atacar a uno de tus hombres. No tuve otro remedio.

Yakut se limitó a gruñir mientras cogía la pistola y se la entregaba al guardia que estaba más cerca. Vestido con una túnica de gasa y unos pantalones de cuero probablemente para hacer frente al frío y con su pelo castaño claro y su barba salvaje, Sergei Yakut tenía el aspecto de un astuto caudillo feudal de siglos atrás.

A pesar de que su rostro sin arrugas y su constitución alta y musculosa sugerían que se hallaba como mucho al principio de los cuarenta, los *dermoglifos* de complejos diseños entrelazados que ascendían por sus brazos desnudos indicaban que

era uno de los miembros más antiguos de la estirpe. Ya que pertenecía a la primera generación, podía tener unos mil años o algo más.

—Guerrero —dijo Yakut con voz siniestra y con su mirada inquebrantable clavada en su interlocutor—. Te dije que no vinieras. Tú y el resto de la Orden estáis perdiendo el tiempo.

En la periferia de su visión, Niko captó el intercambio de miradas sorprendidas entre el hijo de Yakut y el resto de los guardias. En especial la mujer —Renata, la llamaban—, parecía completamente desconcertada al saber que él era un guerrero, uno de la Orden. Sin embargo, la sorpresa se desvaneció tan rápido como quedó registrada en su mirada, como si se esforzara en ocultar la emoción de su rostro. Parecía tranquila, incluso fría, mientras permanecía de pie a unos pocos pasos de Sergei Yakut y observaba, con su arma todavía en la mano y en una postura que indicaba que estaba lista para recibir cualquier orden.

—Necesitamos tu ayuda —le dijo Nikolai a Yakut—. Y basándonos en lo que ha estado ocurriendo cerca de Boston y en otros lugares entre la población de la estirpe, vas a necesitar nuestra ayuda también. El peligro es muy real. Es letal. Tu vida está en riesgo, incluso ahora.

—¿Cómo sabes eso? —El hijo de Yakut dirigió a Niko una mirada acusadora—. ¿Cómo demonios puedes saber algo de eso? No hemos hablado a nadie del ataque que tuvo lugar la semana pasada...

—Alexei. —El sonido de su nombre en labios de su padre hizo callar al joven Yakut como si le hubieran tapado la boca con una mano—. No hables por mí, muchacho. Haz algo útil —dijo, señalando hacia el lugar donde se hallaba tendido el vampiro al que Nikolai había disparado en la cabeza—. Lleva a Urien al tejado del almacén y déjalo allí para la salida del sol. Y deja este callejón limpio de toda prueba.

Hubo un destello de rabia en la mirada de Alexei, como si aquella tarea no le correspondiera a él, pero no tuvo agallas para decirlo.

—Ya habéis oído a mi padre —soltó a los otros guardias que estaban desocupados junto a él—. ¿A qué estáis esperando? Vamos a librarnos de esta pila de basura.

Cuando comenzaron a moverse para seguir la orden de Alexei, Yakut dirigió una mirada a la mujer.

—Tú no, Renata. Tú me llevarás de vuelta a casa. Ya he terminado aquí.

El mensaje para Niko era claro: no había sido invitado, no era bienvenido en los dominios de Yakut, y acababa de ser despedido.

Probablemente lo más inteligente sería contactar con Lucan y el resto de la Orden, decirles que había dado con Sergei Yakut, pero que volvía con las manos vacías y abandonaba Montreal antes de que Yakut decidiera ocuparse de él personalmente. Aquel vampiro de la primera generación tenía poca paciencia y se había mostrado muy duro con otros por pecados menores.

Sí, dejar de lado el asunto y emprender la vuelta era definitivamente la decisión más sabia llegados a este punto. Sólo que Nikolai no estaba acostumbrado a aceptar un no por respuesta, y la situación a la que se enfrentaba la Orden y toda la población de la estirpe —e incluso el género humano, diablos— pronto no tendría remedio. Se hacía cada vez más terrible a cada segundo que pasaba.

Y además estaba el descuido de Alexei al referirse a un ataque reciente...

—¿Qué ocurrió la semana pasada? —preguntó Nikolai, en cuanto quedaron solos Yakut, Renata y él en el oscuro callejón. Sabía la respuesta, pero planteó la pregunta de todas formas—. Alguien trató de asesinarte... justo como te advertí que ocurriría, ¿verdad?

El anciano macho de la estirpe miró a Niko frunciendo el ceño, con sus astutos ojos de piedra. Niko le sostuvo aquella mirada desafiante, viendo a un tonto viejo y arrogante que creía estar más allá de la muerte incluso cuando ésta había golpeado a su puerta tan sólo unos días atrás.

—Hubo un intento, sí. —Yakut curvó los labios en una sonrisa de desprecio, al tiempo que se encogía de hombros—. Pero he sobrevivido... justo como te aseguré que ocurriría. Vete a casa, guerrero. Enfrentate a las batallas de la Orden de vuelta en Boston. Déjame cuidar de mí mismo.

Hizo un gesto con la barbilla a Renata, y la orden muda

hizo que ella se pusiera en movimiento. Cuando sus largas piernas la pusieron fuera del alcance del oído en el callejón, Yakut ladró:

—Te agradezco la advertencia. Si ese asesino es tan estúpido como para atacar otra vez, estaré preparado.

—Atacará otra vez —respondió Niko con absoluta certeza—. Este asunto es mucho peor de lo que sospechábamos al principio. Desde la última vez que hablamos han sido asesinados dos miembros más de la primera generación. Hasta ahora ya van cinco, de una generación de la que ya no quedan más de veinte. Cinco de los más antiguos y poderosos miembros de la estirpe han muerto en el espacio de un mes. Y todos ellos parecen haber sido eliminados por expertos. Alguien quiere veros a todos muertos y ya tiene un plan en marcha para asegurarse de que así sea.

Yakut pareció reflexionar sobre eso, pero apenas un momento. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—Y aún hay más —añadió Niko sombrío—. Algo que no me atreví a decirte cuando hablamos por teléfono hace un par de semanas. Algo que la Orden descubrió oculto en una cueva de una montaña de la República Checa.

Como el viejo vampiro continuaba ignorándolo, Niko dejó escapar un insulto por lo bajo.

—Era una cámara de hibernación, muy antigua. Una cripta donde uno de los seres más poderosos de nuestra raza ha estado hibernando en secreto durante cientos de años. La cámara fue construida para proteger a un Antiguo.

Por fin Niko había captado su atención.

Yakut aminoró la marcha hasta detenerse por completo.

—Todos los ancianos fueron asesinados en la gran guerra de la estirpe —dijo, recitando la historia que hasta hacía muy poco era aceptada por la estirpe como un hecho irrefutable.

Niko conocía la historia de la sublevación tan bien como cualquiera de su raza. Ninguno de los ocho salvajes seres alienígenas que procrearon la primera generación de vampiros de la tierra sobrevivió a la batalla, que tuvo lugar cuando un pequeño grupo de guerreros de la primera generación declaró la guerra a sus propios padres para proteger tanto a la estirpe

como a los seres humanos. Esos valientes guerreros fueron liderados por Lucan, que hasta el día de hoy conservaba su rol de líder en lo que había devenido la Orden.

Yakut se dio la vuelta lentamente para mirar a Niko.

—Todos los ancianos llevan muertos unos setecientos años. Mi propio padre fue atravesado con un sable entonces, como debía ser. Si él y sus hermanos alienígenas hubieran quedado libres habrían destruido toda la vida en este planeta con su insaciable sed de sangre.

Niko asintió seriamente.

—Pero hubo alguien que no estaba de acuerdo con el edicto que dictaminaba que los Antiguos debían ser destruidos: Dragos. La Orden ha descubierto pruebas que demuestran que en lugar de dar muerte a la criatura que lo trajo al mundo lo que hizo fue ayudarlo a esconderse. Construyó un refugio para la criatura en un área remota de las montañas de Bohemia.

—¿Y la Orden está segura de que eso es verdad?

—Encontramos la cámara y vimos la cripta con nuestros propios ojos. Lamentablemente, ya estaba vacía cuando llegamos.

Yakut gruñó, reflexionando.

—¿Y qué pasó con Dragos?

—Está muerto... murió en la vieja guerra. Pero su descendiente sobrevive. Él es el traidor. Creemos que fue el hijo de Dragos quien localizó la cámara antes que nosotros y despertó al Anciano de su sueño. También sospechamos que el hijo de Dragos es quien está detrás de los recientes asesinatos de vampiros de la primera generación de la estirpe.

—¿Para conseguir qué? —preguntó Yakut, cruzándose de brazos.

—Eso es lo que intentamos descubrir. Tenemos alguna pista, pero no es suficiente. Se esconde bajo tierra, y va a ser muy difícil atraerlo a la superficie. Pero lo conseguiremos. Mientras tanto, no podemos permitir que haga ningún progreso con los planes que ha puesto en marcha. Es por eso que la Orden ha querido dar contigo y con el resto de vampiros de la primera generación. Cualquier cosa que puedas haber visto, cualquier cosa que puedas haber oído...

—Hubo un testigo —dijo Yakut, interrumpiendo a Niko con la abrupta confesión—. Una joven de mi familia. Ella estaba allí. Vio al individuo que me atacó la semana pasada. De hecho, consiguió asustar a ese maldito cabrón para que yo tuviera la oportunidad de escapar.

A Nikolai la cabeza le daba vueltas con aquella noticia inesperada. Dudaba mucho de que una muchacha pudiera asustar a un asesino diestro y experimentado, pero le interesaba oír más detalles.

—Necesito hablar con esa chica.

Yakut asintió vagamente, apretando los labios mientras observaba el cielo oscuro sobre su cabeza.

—Amanecerá dentro de unas pocas horas. Puedes quedarte en mi casa durante el día. En cuanto a tu petición, haz tus averiguaciones para la Orden. Luego, mañana por la noche, te vas.

Como forma de cooperar, no era mucho. Pero era más de lo que podía esperar del orgulloso vampiro de la primera generación hacía tan sólo unos minutos.

—Muy bien —respondió Niko, mientras se acercaba a Sergei Yakut y caminaba junto a él hasta el sedán negro que esperaba junto al bordillo.

Capítulo cuatro

Renata no tenía ni idea de lo que aquel rubio extranjero podía haberle dicho a Sergei Yakut para persuadirlo de que lo invitara a su recinto privado en el norte de la ciudad. En los dos años que Renata llevaba como miembro de la guardia personal de Yakut, nadie a excepción del pequeño círculo de criados y guardias privados tenía permitido acceder ni tan siquiera a los retirados bosques que rodeaban la casa.

Desconfiado y solitario por naturaleza, cruel hasta el punto de la tiranía, el mundo de Sergei Yakut estaba hecho de examen y desconfianza. Que Dios tuviera piedad de quien lo contrariara de alguna forma, pues cuando su ira se desataba era como un yunque. Sergei Yakut tenía pocos amigos y todavía menos enemigos; ninguno de ellos parecía sobrevivir mucho tiempo a su sombra.

Renata había llegado a conocer al hombre al que servía lo bastante bien como para saber que no le resultaba precisamente grata la compañía no invitada, pero el hecho de que no hubiera matado a aquel intruso —aquel guerrero, como se había referido a él en el callejón—, parecía indicar al menos algún pequeño grado de respeto. Si no era por el guerrero en cuestión, sí al menos por el grupo al que pertenecía, la Orden.

Mientras hacía girar el Mercedes blindado hacia la entrada arbolada de la casa principal que estaba al final de un largo camino, Renata no pudo resistir el impulso de mirar por el espejo retrovisor a los dos vampiros sentados en silencio detrás de ella.

Los helados ojos azules se encontraron con los de ella en el espejo. Él no pestañeó, ni siquiera cuando esos segundos se estiraron más allá de la curiosidad y pasaron a ser un claro desafío. Estaba cabreado, sin duda su ego seguía resentido por el